



Como la gente

Cuando visito un pueblo ó una ciudad provincial, gusto de recorrer los suburbios, porque son ellos quienes me suministran pasta maleable para intentar arte. Los pueblos y las ciudades provinciales se parecen á las toronjas: sólo la cáscara tiene sabor y valor sativo; el interior son granos y agua: funcionarios, "parvenus" y brutos solemnes envueltos en el pergamino de un título universitario. Todo sin substancia y todo uniforme, como un artículo de confección ó una romanza en pianola. Nadie es "suyo"; nadie es "alguien". En cambio, en la "orilla", caodado al mostrador de zinc de una taberna se ven almas al través de las ropas desgarradas; almas sucias, almas cubiertas de cicatrices, destañadas, remendadas, pero ingenuas, simples, naturales, verídicas, porque no tienen fuerza para mentir...

Una noche me encontré en el beberaje de un almucón orjllero, en un pueblucho de la provincia de Buenos Aires, con un tipo extraño, uno de esos tipos que son como la osamenta de un drama. Su potente armadura ósea denunciaba la robustez pasada; porque ahora menguado en carnes, arrugado el rostro como un sobre vacío, sin luz en los ojos, trémulos los dedos flacos, nudosos, negros, con arqueadas uñas de roedor troglodita, tenía todo el aspecto de una tapera.

Le hablé. Al principio sólo pude sacarle frases incoherentes; luego, sobada con la "mordaza" de la ginebra, se le ablandó la lengua, y, á tropezones me contó su vida.

—Yo me crié en las islas, entr'el monte, á la orilla'el agua... De chico, pescaba; primero pescaba mojarrita, después "sábalos", y más después tatariras y hasta "dormos" también pescaba... Cuando más grandote juí á montar con mi padre y con mis hermanos... ¡He echao más árboles al suelo que besos me dió mi madre!...

La pobre vieja murió un invierno y jué en la noeh'el velorio que nos entendimos con Jesusa, y al mes más tarde nos ayuntamos y nos juimos pa otra isla,, ande había un monte muy fiero y viboras malas y tigres, y yacareses que dab'asco.... Pa cuidarno'e los bichos, hicimos un ranchito sobre unas estacas bien altas... Era lindo allí.

—¿Y entonces se puso á montar por su cuenta?—interrogó...

El sonrió, bebió otra ginebra, se limpió con la manga las cerdas del bigote y dijo:

—¡No!... ¡Pa qué!... ¡No dije'qu'era lindo allí!... Había fruta'o tuitas layas en árboles plantados por Dios, y había cardumen de pájaros y bichos lindos pa comer, y había carmatises y lechiguanas y en l'agua tanto pescao que se podían agarrar con la mano... ¡Era lindo!... Estuvimo allí como siete ó catorce año y tuvimo un montón de hijos...

—¿Cuántos!...

—¡No m'acuerdo! ¡muchos!...

—¿Varones!...

—De tuito había, macho y hembra misturao... Viviamo lo más gñeno...

—¿Y sus padres!...

—¡Mis padres!... No sé; á la cuenta, morían: eran viejazos.

—¿Pero usted no volvió á salir de la isla?

—¿De la isla!... ¡Pa qué!... Yo, Jesusa y los cachorros, tuitos estábamos pansones cuando jué un fraile...

—¿A la isla!

—¿Dejurol á la isla... Jué y los dijo que había que casarse por la iglesia y que había que cristianar la morralla y que había que dir pai poblao, y dijo una punta'e cosas más que no entendimo bien porque era medio en gringo que hablaba el fraile, pero que parece quería decir que nosotros éramos mesmo que animales... Yo no hice caso y Jesusa por lo consiguiente, y la chamuchina se reiba al verlo al fraile con polleras y tuito negro, mesmo que tordo y con un agujero blanco en el mate... ¡Pucha!...

—¿Y después!

—Después se jué, pomás, hablando'el infierno, el diablo, ¡y yo no sé cuánta bobada dijo!... Pero se jué con el chismo al poblao y di ahí á poco vino el comensario y los dijo que no podíamos vivir asina, porqu'era contra la ley y contra la civilización... y que teníamos que salir p'ajueira... y nos arriaron nomás...

—¿Para adónde!

—¡Pal pueblo, pues!... Cuando yegamos nos miraban como bichos raros. Los dieron un ranchito pa vivir y unos trapos y algunas golosinas. El principio no iba mal, pero después se olvidaron de losotros. Entonces...

—¿Entonces!

—Entonces no teníamos que comer, hasta hambre, robé una oveja, me prendieron... Cuando volví al rancho un casal de los cachorros había volao... ¡de hambre los pobrecitos! Después, volví á robar y me volvieron á prender, y cuando salí, la finada había muerto...

—¿Y sus hijos y sus hijas!

—Pual a dan; unos de melicos, otros de malvos, otros en la cárcel; y las mujeres, pual... ¡por los ranchos!... Algunas pueda que sean diuntas... ¡Yo no sé!... Pero aura ya no semo animales; aura vivimo como la gente...

Javier de VIANA.

A los amigos

Entre muchos no pesa... Si los amigos de por ahí nos apoyan, tenemos fé y voluntad nosotros para hacer de esta revista una buena arma fiada.

Necesitamos corresponsales y agentes en el interior. Hombres que se preocupen de difundir la y cuidarla, necesitamos. Pobre como es — ¡no ha de ser pobre si es nuestra! — precisa del doble apoyo económico y moral. Que el que la lea nos la pague, es todo lo que pedimos á los amigos.

Entre muchos no pesa...

Páginas olvidadas

“La Nación”, nuestro importante colega está realizando una hermosa obra de reparación. Saca del olvido páginas brillantes de ilustres pensadores argentinos y reproduciéndolas hace conocer á las generaciones actuales párrafos que otrora fueron escritos al calor de sanos y honrados sentimientos.

Son páginas olvidadas. Así las titula nuestro colega; pero no tan olvidadas cuando existe alguien que las recuerda y con respetuoso entusiasmo se encarga de hacerlas revivir. Nosotros, “Libre Palabra”, que, acuso por el formato y por los medios de información resultaremos menos importantes que “La Nación”, pero que, no cabe duda, somos igualmente importantes en lo que se refiere á intención encaminada ha-